



Autores:

- * Félix Humberto Gatica Chajon
- ** Orestes Luis Mederos Trujillo
- ** David Pérez Aguilar
- * Kliveral García Solís
- *** Laura Rivero Fernández de Alaiza
- *** Yanais Ruiz de Armas

- **** Dr. Orestes Noel Mederos Curbelo
- ***** Dr. Juan Carlos Barreras Ortega

- * Estudiantes Latinoamericanos de Medicina de Sexto Año
- ** Estudiantes de Medicina de Primer Año
- *** Estudiantes de Medicina de Cuarto Año
- **** Profesor Titular de Cirugía. Especialista de 2do. Grado. Doctor en Ciencias Médicas
- ***** Profesor Auxiliar de Cirugía. Especialista de Segundo Grado

Eduardo Jenner nació el 17 de mayo de 1749, hijo del Reverendo Stephen Jenner, vicario de Berkeley, condado de Gloucester, Inglaterra tenía 5 años de edad cuando su padre falleció y lo tomó a su cuidado su hermano mayor, también eclesiástico. Desde temprano mostró un interés extraordinario en la naturaleza.

A los 13 años se hizo aprendiz de Daniel Ludlow, cirujano y apotecario de Sodbury. En 1770 inició sus estudios en el Hospital San Jorge de Londres y se

hizo discípulo del famoso cirujano y naturalista londinense **John Hunter**. De esta circunstancia nació una amistad de toda la vida, un intenso interés en la anatomía comparada y una gran cooperación en la investigación y la observación de los fenómenos naturales.

La capacidad del joven Jenner como naturalista le ganó la tarea de clasificar y ordenar los especímenes zoológicos que trajo Joseph Banks de la primera expedición del capitán Cook al pacífico, en 1771 y una oferta para acompañar a Cook en su segunda expedición. Jenner rechazó este y otros ofrecimientos lucrativos, y prefirió volver a su nativa Berkeley para dedicarse a la práctica de la medicina.

Era querido por todos por su simpatía y bondad y por estar siempre dispuesto a visitar los enfermos a pesar de las inclemencias del tiempo. No solo era médico competente sino además estaba interesado en la música y la poesía. En Berkeley continuó sus estudios de historia natural, estimulado por frecuentes cartas de John Hunter solicitando una investigación o algún espécimen. De Ínter fue que recibió el famoso consejo: **¿Por qué teorizar, por qué no intentar el experimento?**

La obra de Jenner sobre los hábitos del cuclillo y sobre la migración de las aves les dio fama y les trajo controversias aún antes de que escribiese sobre la vacunación; de tiempo en tiempo dictaba conferencias sobre distintos temas médicos y las sociedades médicas locales.

Este médico rural inglés cuyo agudo sentido de observación y perseverancia en la experimentación dieron a la medicina y al mundo un principio enteramente nuevo en la lucha contra las enfermedades, **la vacunación**.

La viruela fue descrita correctamente por el persa Razés (865-925), y es evidente que había sido conocida mucho antes en la China y la India constituyendo un azote de la humanidad desde tiempo inmemorial.

Durante siglos los orientales habían tratado de protegerse contra la enfermedad por medio de la variolización, o inoculación preventiva, que efectuaban haciendo aspirar por la nariz la costra seca de pústulas variolosas, introduciendo material infeccioso en una vena, o fijando un fragmento de dicho material sobre un rasguño en la piel. Por cualquiera de estos métodos los prácticos trataban de inmunizar contra la viruela a las personas sanas, particularmente a los niños, provocando una forma leve del mal.

Si el procedimiento tenía éxito, el paciente probablemente no adquiriría la enfermedad durante las epidemias y se reducía el peligro de que la infección dejara cicatrices severas y otras secuelas. Si no lo tenía, quedaba el consuelo de pensar que de cualquier manera el paciente caería víctima de la viruela más adelante. Se consideraba que el riesgo bien valía la pena, aun cuando existía el peligro adicional de que las personas inoculadas transmitiesen la infección a otros en la comunidad.

La viruela tan frecuente como el sarampión, pero mucho más mortífera, que **fue responsable del 10% de la mortalidad total durante la segunda mitad del siglo XVIII**. Frecuentemente desfiguraba la cara de los que no mataba, y era una de las principales causas de ceguera.

El impacto de la obra de Jenner no se limitó a su conquista sobre la viruela; la extensión del principio de la vacunación como medio para prevenir las enfermedades en los 160 años siguientes le permitiría a la profesión médica obtener un triunfo casi total sobre varias enfermedades infecciosas.

Jenner conocía bien la variolización como medio para prevenir la viruela, y conserva vívidos recuerdos de la severidad de su propia experiencia como consecuencia de la inoculación en la niñez.

Temprano en su carrera Jenner se dejó impresionar por la insistencia con que las vaquerías que enfermaban de vacuna declaraban estar a salvo de la viruela. A pesar de que los médicos creían que esto no era más que un dicho popular, la idea despertó la curiosidad de Jenner y lo llevó a reunir datos de las personas que habían sufrido de vacuna y posteriormente habían escapado de la viruela y no habían reaccionado a la variolización. Underwood comenta sobre este metódico trabajo diciendo: **Aún en esta temprana etapa parece haber tenido la obsesión de que la vacuna debería producir una inmunidad completa y permanente contra la viruela, lo que es verdaderamente extraño, ya que todos los médicos sabían que la viruela no siempre daba lugar a una protección completa y permanente contra sí misma...**

Jenner se propuso demostrar que la vacuna protegía contra la viruela, y que aquella podía transmitirse artificialmente de un ser humano a otro de manera de crear una reserva creciente de personas que hubiesen tenido la oportunidad de volverse inmunes a la viruela. Este era el factor cardinal en la doctrina de Jenner y era una idea que posiblemente no había sido examinada seriamente

por ningún otro con anterioridad; de cualquier manera nadie había tratado de ponerlo en práctica.

El progreso de Jenner fue lento, sus observaciones se extendieron por un cuarto de siglo. Fue el 14 de mayo de 1796 que Jenner efectuó el experimento decisivo. Habiendo observado que Sarah Nelmes, una vaquera, tenía una típica lesión de vacuna en la mano, inoculó a James Phippes, amiguito de 8 años de edad. Jenner notó lo siguiente: “El material se extrajo de una llaga de la mano de la vaquera, quien se había infectado de las vacas, y se insertó... en el brazo del niño por medio de dos incisiones superficiales de una media pulgada de largo cada una, que apenas penetraban en el cutis”

“Al séptimo día el niño se quejó de molestias en las axilas, y al noveno presentó escalofríos, pérdida de apetito y cefalalgia leve. Durante todo ese día estuvo sensiblemente indispuesto y pasó una noche intranquila, pero al siguiente estaba perfectamente bien”

Con todo, Jenner quería estar seguro. En consecuencia escribió: **“Para determinar si el niño estaba a salvo de contagiarse de la viruela después de haber sufrido una afección generalizada tan ligera, fue inoculado un año después con material varioloso tomado directamente de una pústula. Se efectuaron varias punciones en ambos brazos y se insertó el material cuidadosamente pero no hubo enfermedad... varios meses después se lo volvió a inocular con material varioloso sin que se observase efecto manifiesto sobre su constitución”**

Para la primavera de 1798 Jenner había recogido pruebas adicionales para justificar sus aseveraciones. Escribió un folleto con los resultados de su experimento.

Al principio el gran descubrimiento de Jenner causó resistencia. Tres meses pasados en Londres en ese mismo año no lograron despertar interés en médicos ni en pacientes. Su primera oportunidad llegó cuando Henri Cline como un cirujano, utilizó como contra irritante de otra enfermedad un canutillo de suero de vacuna desecado, que Jenner le había dejado, para descubrir más tarde que su paciente se había vuelto inmune a la variolización. El interés creado por la comunicación de este incidente hizo que la práctica de la vacunación ganara aceptación.

Mientras que la vacunación se difundía no faltaban detractores ni individuos que ilegítimamente trataban de atribuirse el descubrimiento. La obra de Jenner, sin embargo, estaba basada en datos experimentales sólidos; Sus resultados eran tan positivos y tan convincentes y era tal la necesidad de un método más seguro, inocuo y menos doloroso que Jenner recibió reconocimiento oficial mucho más pronto que la mayoría de los innovadores médicos.

En 1800 fue personalmente invitado a Londres a vacunar el regimiento 85, tarea que llevó a cabo personalmente. En lo EEUU mientras tanto, el Profesor Benjamín Wasterhaous efectuó la primera vacunación en julio del mismo año con material recibido de Londres. A pesar de ser objeto de fama y difamación, continuó residiendo en Berkeley y ejerciendo medicina. Publicando dos folletos más sobre vacunación.

Jenner fallece a los 73 años de edad, el 26 de enero de 1823, a consecuencia de una hemorragia cerebral

“Mientras que el descubrimiento de la vacuna progresaba, la alegría de pensar que podría ser instrumento para eliminar una de las más grandes calamidades del mundo y la esperanza de gozar de independencia y de paz y felicidad domésticas eran tan excesivas que, al meditar mi tema favorito en los prados, algunas veces me he encontrado en una especie de sueño. Es placentero recordar que estas reflexiones siempre terminaban en devoto reconocimiento del ser de quien esta y otras gracias derivan.”

Dr. Eduardo Jenner